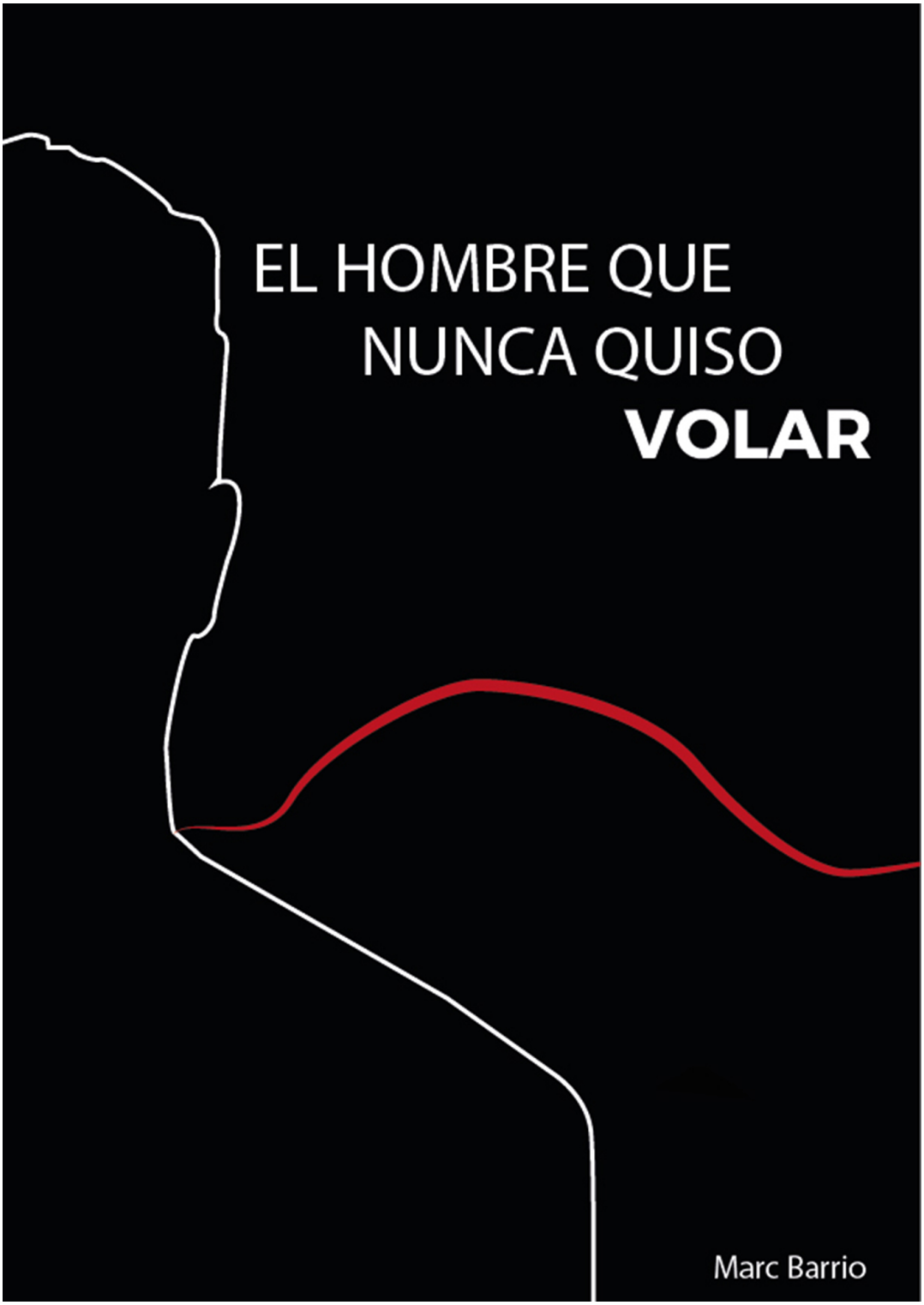
□□□□EL□Hombre Que Nunca Quiso Volar

MBarriov



Capítulo 1

Nota del autor

El hombre que nunca quiso volar surgió como un guin de cortometraje. Aquella primera historia tenía la estructura de un documental aunque era totalmente ficción. Al convertirla en un relato quise mantener esa esencia y por eso la historia se presenta como reportaje y entrevistas.

Fue muy divertido narrar sólo utilizando las voces de los personajes. El resultado está muy cerca del teatro, de hecho puede que se parezca más a una obra que a un reportaje. Aún así estoy satisfecho.

El hombre que nunca quiso volar habla de muchos temas y ninguno de ellos tiene nada que ver con súper héroes. A modo de juego, me pareció divertido esconder en el texto pistas para que el lector atento pueda deducir el paradero del héroe Dman. Un pequeño añadido más a una lectura que, espero, sea de su agrado.

Capítulo 2

Prefacio
Un reportaje independiente de B.W.

Dman cambió el mundo dos veces. La primera vez fue el 23 de marzo de 2025, al impedir, haciendo uso de sus súper poderes, el hundimiento de un crucero de recreo. La segunda vez fue el 16 de agosto de 2067, al morir mientras hacía lo que siempre había hecho: salvarnos.

Este libro se publica quince años después de su muerte, en un momento en el que parece que nunca existió, pero en el que anhelamos su regreso. Como ha sucedido con muchas grandes figuras de la historia, abundan los rumores de que Dman sigue vivo. Una búsqueda en la red nos permitirá ver cientos de fotos y vídeos de catástrofes en las que se aprecia una figura borrosa. Para los creyentes es Dman, para los escépticos es una mota de polvo. No es el objetivo de este reportaje dilucidar quién tiene razón.

Cientos de periodistas y comunicólogos han aporreado las teclas en nombre de Dman; tratados científicos que indagaban en el origen de sus poderes, biografías y más biografías, especulaciones sobre qué habría pasado si en vez de un héroe hubiera sido un villano, tratados filosóficos sobre la moral entorno a él y, sobre todo, toneladas de prensa rosa y amarilla que destripó a los cuatro vientos su vida privada. Es, en este último punto, en el que he centrado mi investigación. No en base al morbo ni al espectáculo, —por todos es sabido su turbulenta vida privada, la caterva de hijos ilegítimos y amantes despechadas o las trágicas muertes de su entorno—, sino en la búsqueda del hombre que había bajo la capa. Es mi deseo con estas líneas, que surgen de fuentes bibliográficas directas y de las mismas conversaciones con familiares y amigos, homenajear al hombre que soportó el peso de salvarnos una y otra vez, porque nunca le estaremos suficientemente agradecidos.

Capítulo 3

El nacimiento de un héroe
Entrevista a Javier Domenech, presidente honorífico y fundador del Club de Fans Transnacional de Dman.

Javier Domenech me recibe en su casa de Denia, una pequeña localidad de Alicante, construida según la larga tradición de pescadores de la zona. Nos saludamos en el recibidor, bajo una red de pesca que ornamenta el techo y junto a un espejo con un marco de conchas de mar. Antes de entrar en materia, me hace una visita guiada por su casa. El salón cuenta con suficientes asientos para recibir numerosas visitas y está provisto de un bar para satisfacer todos los paladares. En su despacho, me muestra una estantería con todos los libros que ha escrito, ordenados por orden cronológico, enumera los premios que ha ganado, y que cuelgan de las paredes, y le quita importancia a los volúmenes que rebosan de la librería. Su mesa de trabajo está ordenada, impoluta como si nunca se hubiera usado o como si se limpiara a diario. La última parada es la habitación más especial: el mausoleo del héroe. El lugar que custodia su colección de Dman. La colección modesta en cuanto a número, pero no en artículos. En ella no hay vulgaridades, como muñecos de acción, cómics, copias de las películas, platos estampados, camisetas con su cara, zapatillas con su cabeza o réplicas del traje, nada de lo que hay aquí se puede comprar en una tienda, y cuando le pregunto el origen de su colección, Javier se encoge de hombros.

—La mayoría de artículos son regalos o se los compré a un tipo que se los compró a otro tipo —responde.

Luego me muestra sus piezas. Tiene fotografías originales de Dman de niño jugando con su hermano gemelo en un tobogán, un cuadrado de asfalto en el que Dman dejó su huella al aterrizar bruscamente, la copia de su partida de nacimiento y otros artículos que van en la misma línea, pero guarda su pieza favorita para el final. Es un marco de vidrio que coge con sumo cuidado de la vitrina y me enseña sin dejarme tocarlo. En su interior, atrapado entre los dos cristales, hay un fragmento de tela roja chamuscada. Según Javier, es un fragmento de la capa que llevaba Dman cuando murió.

—Es mi pieza más preciada —dice y, tras un par de comentarios de cortesía, damos comienzo a la entrevista.

B.W. Su historia y la de Dman están íntimamente relacionadas. Es uno de los pocos que llegó a conocerlo realmente bien. Hay quien dice que es el biógrafo más influyente de Dman.

Javier Domenech: Eso dicen, sí.

B.W. ¿Cómo era su relación con Dman?

J.D. Buena, sin duda. Más que cordial, era una amistad. Una amistad íntima.

B.W. ¿Hablaban frecuentemente?

J.D. ¿Frecuentemente? No, era un hombre muy... Era introvertido, distante. A veces parecía que sólo toleraba su presencia. Es decir, entiéndalo, es difícil no mostrar cierto desdén por la gente cuando podrías arrancarles la cabeza usando el índice y el pulgar. Aun así, era un hombre muy respetuoso, muy correcto, muy educado y muy noble.

B.W. ¿Se veían a menudo?

J.D. Una vez al año, como mínimo, en la cena homenaje en su honor, que comenzó a celebrarse sin interrupción en el año cuarenta y seis y a la que acudió hasta su muerte. Fuera de esto, era difícil verle, pero coincidíamos en actos oficiales de vez en cuando. Era mejor así. Antes, si uno se encontraba con Dman, era porque estaba en grave peligro.

Ríe.

B.W. Y, pese a esa falta de contacto personal, usted es el mayor experto en su figura. Estudios, libros, disertaciones, debates, incluso informes de inteligencia; si aparece Dman es probable que aparezca usted.

J.D. No sólo aparezco si no que, si habla de Dman, es probable que lo haya leído. Por eso soy el mayor experto en la materia.

B.W. En ese caso, también tendrá que leer este libro.

J.D. Sin duda.

B.W. ¿Cómo surge su filia con Dman?

J.D. Oh, es una historia conocida. Yo tendría unos veinte años, él y yo somos del mismo año y el mismo mes, ¿sabe? Yo viajaba en el ferri Silvia Path cuando un fallo en el motor y las negligencias posteriores provocaron que comenzara a hundirse. Cundió el pánico y resultó que no había botes para todos y los que había disponibles no estaban en buen estado. Podría haber sido una tragedia.

B.W. Dman los rescató a todos.

J.D. Así fue. Remolcó el barco hasta un banco de arena. La quilla se posó en el fondo marino y eso dio tiempo a los servicios de emergencia para venir a rescatarnos. Ni siquiera hubo daños materiales porque pudieron reparar fácilmente el barco. Cinco meses más tarde, el Silvia Path estaba navegando de nuevo. Fue un trabajo impecable.

B.W. Esta fue la primera vez que conoció a Dman.

J.D. Fue la primera vez que le conocimos todos. Y yo estuve ahí. De alguna manera, mi carrera comenzó con la suya. Siempre hemos estado ligados. Y, si no fuera por él, yo no estaría concediendo esta entrevista, probablemente.

B.W. ¿Fue entonces cuando decidió convertirse en una suerte de relaciones públicas del héroe?

J.D. Bueno, no diría que lo decidí esa misma noche. Fue algo orgánico, ¿sabe? El rescate levantó mucha expectación, los medios se llenaron de testimonios y de conjeturas. No tardaron en llegar nuevos actos heroicos y la bola se hizo más y más grande. Todo el mundo quería oír testigos presenciales de las proezas y yo siempre he tenido labia y buena presencia ante las cámaras, era inevitable.

B.W. ¿Cómo llevaba Dman que usted le defendiera por los platós?

J.D. A él le daba igual. Al pastor no le importa la opinión del rebaño, es natural, aunque alguna vez me dio las gracias. Recuerdo un encuentro con él, fue antes de que nuestra relación se enfriara, antes del incendio de Babia, era un acto institucional, entregaban algún tipo de premio y él era el invitado de honor. Se me acercó y me dijo: «Muchas gracias por todo lo que haces por mí. Sé lo mucho que trabajas para ayudarme». Creo que había bebido un poco, pero aun así lo dijo de corazón. En el fondo me apreciaba.

B.W. ¿Cómo era la relación con su familia? Con su mujer y con su hermano.

J.D. No creo que yo les gustara a ellos, en especial a su mujer. Y su hermano me veía como una especie de rémora de la fama de Dman. Lo dijo públicamente en alguna ocasión. Ironías de la vida.

De todos modos, no era algo que me preocupara. Yo ocupaba una parte importante de su vida, la parte profesional e íntima de las amistades. Ellos eran su familia, no tenía más remedio que aguantarlos. Como he dicho, era un hombre noble.

B.W. Hombre, es verdad que a los hermanos no se los escoge, pero a la

mujer...

J.D. Era un matrimonio sin amor. Lo sabía todo el mundo, al igual que se conocían sus muchas “amigas”. Un secreto a voces. Al final, un hombre es un hombre, pero nunca llegué a entender por qué aguantó con ella todos esos años. Tampoco le pregunté.

B.W. Antes ha comentado el incendio de Babia, es un tema por el que me gustaría preguntar. Sucedió en la última época de Dman y supuso un punto de inflexión en todo lo concerniente al héroe.

J.D. Es algo delicado. Aquello fue una catástrofe. Yo siempre lo he admirado, pero también lo he criticado cuando no ha estado a la altura.

B.W. ¿Por qué se le juzgó con tanta dureza en esa ocasión?

J.D. Porque desatendió sus obligaciones. Nadie le pidió que se mostrara, ni que nos ofreciera ayuda, pero una vez comenzó, se estableció un contrato social que no se puede romper unilateralmente. La gente ardió esperando a que él la rescatara, pero no lo hizo. Cuando uno asume una responsabilidad, ha de cumplirla y si no lo hace, ha de tener consecuencias.

B.W. ¿No es injusto que descargáramos esa responsabilidad sobre él?

J.D. Nosotros no descargamos nada, él la cogió. Su propia naturaleza, su propia existencia le obligaba a hacerlo. Era un imperativo moral. ¿Acaso no es justo culpar a Dios de las desgracias si tiene el poder de evitarlas? Con Dman sucedió igual, la inacción le hizo responsable de aquellas muertes.

B.W. Resulta curioso que el momento más oscuro de su carrera fuera un incendio y que él muriera en uno.

J.D. Una casualidad que le brindó un final poético a su vida.

Capítulo 4

La sombra del héroe
Entrevista a Katerina Tereshkova, segunda mujer de Dman

Katerina Tereshkova me recibe en su oficina de la calle del Carmen, en Madrid. Pese a su edad, todavía regenta la agencia de talentos que fundó hace más de treinta años. Al llegar a la oficina, espero en recepción bajo la tutela de la recepcionista, tal como marca el protocolo. No me sorprendo cuando me hacen pasar a su despacho después de quince minutos de espera exactos.

Es una sala luminosa cuyo mobiliario parece salido de una nave espacial. Tereshkova me recibe fumando y me llama la atención que el cenicero esté tan limpio que se le podría pasar la lengua. Ella es una mujer señorial que desprende buena educación y tabaco mentolado. Me recibe con cordialidad, con dos besos que no llegan a rozarme las mejillas para no mancharlas de carmín.

Cuando tomo asiento, me percato de la pequeña foto que hay junto al teclado del ordenador. En ella, un Dman joven en la playa sonríe a la cámara.

B.W. Muchas gracias por recibirme.

Katerina Tereshkova: Me llamó la atención que quisiera hablar de mi exmarido. Hace años que nadie me pide hablar de esa época.

B.W. ¿No mantiene relación con la familia de él?

K.T. Una relación fría y cordial con Daniel. Nos felicitamos los cumpleaños y las navidades por mensaje. Somos gente civilizada.

B.W. ¿Cómo era Dman cuando se quitaba el traje de superhéroe?

K.T. Veo que le gusta ir directo al grano. ¿Qué historia quiere: la del marido irascible y celoso que era un tirano en casa o la de la mujer fría e hiriente?

B.W. ¿Así es como eran?

K.T. No. Éramos un matrimonio feliz, que discutía y que se quería, pero todo se vuelve más dramático cuando tu marido puede lanzar un sillón por la ventana de un soplido. Después estaba la prensa rosa, que no ayudaba ni con su acoso ni con sus historias.

B.W. Su matrimonio llamó la atención desde el primer momento. En otras circunstancias, quizás no habría sido tan seguido, pero aquella tragedia puso el foco en ustedes.

K.T. ¿Tragedia? Fue un asesinato en toda regla. Yo insistí en aplazar la boda, quería dejar que las aguas se calmasen, pero Héctor no quiso. Él creía que la prensa le respetaría.

Suspira.

K.T. Esa ingenuidad casi infantil era una de las cosas que me enamoró de él. La prensa siempre lo retrató como un hombre férreo. Alguien de moral impoluta y de carácter firme. Volcaron en él todas las cualidades de los líderes: determinación, sabiduría, decisión, voluntad, arrojo. Puede que tuviera algo de aquello, como todas las buenas personas, pero como todos los hombres, en el fondo era un niño alegre que reía viendo dibujos animados y desayunaba cereales de chocolate.

B.W. ¿Cómo le afecto la muerte de Inés?

Katerina abandona la mesa y se acerca al mueble bar, camuflado junto al archivador, para preparar dos cócteles.

K.T. ¿Le apetece un trago?

B.W. ¿Qué toma?

K.T. Dry Martini, lo único bueno que ha salido de una cocina inglesa.

B.W. Si no quiere hablar de Inés, sólo tiene que decirlo. Pasaré a otra pregunta.

K.T. Ya se ha embarrado suficiente la memoria de esa pobre mujer. Los periodistas nos señalaron a Héctor y a mí como los responsables, lo hicieron veladamente, con la condescendencia de quien se cree superior. Llegaron a decir que el estado de ansiedad que le provocó el divorcio le hizo perder la cuenta de los somníferos. ¡Cómo si pudieras tomar varias decenas de pastillas por accidente!

Katerina trae las copas a la mesa y da un largo sorbo a la suya. Durante un momento queda absorta mirando a través del líquido transparente.

K.T. No nos dejaron ir a su entierro. Cuando vimos a esa gentuza atrincherada en la puerta del cementerio, tuvimos que dar media vuelta. Héctor se puso muy nervioso.

B.W. Hay quien dice que Dman era un hombre violento.

K.T. Era tan violento como inofensivo. Todos los hombres gritan, se enojan y pegan golpes en la mesa, pero cuando él golpeaba la mesa, había que cambiarla, y las puertas y las paredes. No sé la de veces que vinieron a reparar sus destrozos.

B.W. ¿Sólo golpeaba la mesa?

K.T. Está usted muy interesado en los rumores.

B.W. Nadie mejor que usted para desmentirlos.

K.T. Piénselo un poco. Mi marido podía levantar un camión con una mano. ¿Cree que si me hubiera golpeado yo estaría viva?

B.W. Hay muchos otros rumores.

K.T. Sí, había que llenar portadas, así que de él se dijo de todo. Era alcohólico y abstemio, seguía una dieta espartana y celebraba grandes bacanales. La verdad es que Héctor no toleraba el alcohol, se emborrachaba con una copa de vino y con dos se quedaba dormido. Lo único extraordinario que tenía su dieta es que era celíaco y nunca le vi comer más que a un hombre normal.

B.W. ¿No es cierto que se comía un cerdo entero al día?

K.T. Querido, ¿tengo aspecto de haber cocinado nunca un cerdo entero?

B.W. Supongo que no.

K.T. Parece decepcionado.

B.W. Un poco.

K.T. ¿Y si le digo que podía comerse media sandía él solo?

B.W. No es tan impresionante como el cerdo.

K.T. En eso estoy de acuerdo, pero sí es más cierto.

B.W. ¿Qué pasó entre Dman y su hermano?

K.T. No me creerá, pero nunca me lo dijo.

B.W. Pero la relación se rompió durante años. Dicen que cuando murió,

aún no se hablaban.

K.T. Por lo que yo sé, es cierto, pero jamás me lo contó y yo no insistí. Era un hombre reservado y yo lo respetaba. Tendrá que preguntarle a su hermano.

B.W. ¿Tampoco preguntaba por otras mujeres?

K.T. Efectivamente, no preguntaba.

B.W. Entonces, las mujeres que recorrían los platós...

K.T. ¡No, Dios! Es usted periodista, no sea ingenuo. Tal vez alguna decía la verdad, pero en su mayoría eran mentirosas en busca de quince minutos de fama.

B.W. ¿Alguna vez pensó en divorciarse?

K.T. Quizás, en algún momento fugaz, pero una no se divorcia del hombre al que ama. Escuche, sé que tenía alguna aventura y mentiría si dijera que no he pasado ninguna noche en vela imaginándole en brazos de otra mujer mientras yo le esperaba impotente. Pero, a fin de cuentas, ¿a quién le importa la fidelidad mientras haya amor? Cuando volvía, estábamos juntos y nos queríamos, seguramente más que cualquier pareja. A veces viajábamos y otras pasábamos fines de semana enteros en la cama. Cocinábamos juntos o salíamos a cenar. Nos explicábamos cómo había sido nuestro día y decidíamos de qué color queríamos pintar la pared que él había derribado en un arrebato. Puede que de vez en cuando se fuera con otra, pero pretender que un hombre pase toda su vida sólo contigo es una idea tan absurda como pretender pasar toda tu vida sólo con él.

B.W. ¿Dónde estaba Dman cuando se inició el incendio de Babia?

K.T. No lo sé.

B.W. ¿Nunca hablaron del tema?

K.T. Se lo he dicho, era un hombre reservado y yo lo respetaba.

B.W. ¿Cree que fue responsable de lo que sucedió?

K.T. Desde luego que fue culpa suya. Fue él el que descuidó el estado del monte, él dejó que la maleza devorara los cortafuegos, provocó la sequía y recortó el presupuesto de bomberos para después ir con una antorcha y prender todo el condenado bosque. Sí, fue culpa suya, como todas las desgracias que suceden en el mundo.

B.W. Igualmente, la opinión pública le juzgó muy duramente.

K.T. ¿Qué sabrá la opinión pública? ¿Qué hicieron ellos para ayudar? ¿Acaso llenaron cubos de agua y fueron a apagar las llamas? No. Dejaron sus gordos culos frente al televisor mientras los periodistas contaban las víctimas.

B.W. ¿Cómo fueron los días de Dman antes del accidente?

K.T. ¿Antes de morir? No pasaba por un buen momento, la verdad. Nos habíamos distanciado mucho. Antes me preguntó por qué no me divorcié. Seguramente, si siguiera vivo, nos habríamos separado. A veces pienso que era inevitable, pero su muerte nos ahorró el mal trago a los dos. Sinceramente, no creo que nadie pueda hacerse a la idea de lo que supone aguantar tanta presión como él aguantaba. Pero es en los corazones oscuros donde la luz brilla con más fuerza. Me alegro de que ahora pueda descansar.

Capítulo 5

Las cadenas en la capa
Entrevista a David Herrero, hermano de Dman

En un pueblo diminuto, en un lugar que se me ha pedido no revelar, vive David, el hermano de Dman. Me recibe en una casita de roca de una sola planta, a diez minutos andando de su vecino más cercano. David es tan corpulento como su fallecido hermano. La camisa de leñador le marca los hombros como si llevara debajo una coraza, tiene alguna cana en la alborotada melena negra y la densa barba solo se abre entorno a su sonrisa cordial.

En una visita rápida, David me presenta su casa, la cual se compone de poco más que un salón sin televisor, teléfono u ordenador, con el típico desorden de un hombre que no suele recibir visitas, y un cobertizo que utiliza como taller. David hace tallas de madera y pinta acuarelas, aunque en ambos casos las obras suelen servir para calentarse en invierno, como él mismo confiesa; el placer reside en la ejecución y no en el resultado.

Resulta difícil ver en él rastro de esa terrible enfermedad que casi lo mató hace quince años. Tras contarme cómo su vida ha trascurrido en la más absoluta tranquilidad durante la última década y media, nos sentamos en el porche junto a una jarra de gazpacho y un plato de galletas sin gluten.

B.W. Muchas gracias por atenderme. La verdad, cuando le contacté para pedirle esta entrevista, no esperaba que me respondiera.

David Herrero: ¿Por qué no?

B.W. Porque desde la muerte de Dman, no había concedido ninguna.

D.H. Bueno, quizás sea un buen periodista y me sienta cómodo hablando con usted. O quizás, dos décadas de silencio son suficientes para hacer hablar a cualquiera.

B.W. ¿Hay mucho que contar?

D.H. Depende de las preguntas que haga.

B.W. En los últimos años su relación con su hermano se enfrió. ¿Qué pasó?

D.H. Se enfrió, es una bonita manera de decir que nos peleamos. Ojalá esta entrevista se llene de palabras bonitas.

La relación entre dos hermanos es difícil, pero lo es aún más cuando uno es indestructible y desea morir y el otro tiene un cáncer terminal y desea vivir. Surgen tensiones y, ¿cómo ha dicho, usted? La relación se enfría.

B.W. ¿Dman deseaba morir?

D.H. Puede que fuera la presión, el estrés, el cansancio, quién sabe. Pero sí, tenía temporadas en las que no apreciaba mucho la vida. Supongo que no apreciamos aquello que damos por sentado. ¿No había oído los rumores?

B.W. Por supuesto, pero no les di credibilidad.

D.H. Se equivocó.

B.W. ¿Qué pasó con su salud? Los médicos le habían desahuciado, pero se curó.

D.H. ¿Cómo sabe eso? Mis partes médicos nunca salieron a la luz.

B.W. Es un rumor al que di credibilidad.

D.H. Los rumores eran ciertos, pero no puedo explicar cómo me curé porque no lo sé. Simplemente lo hice. En mi familia hay muchas cosas que son inexplicables.

B.W. ¿Cómo se siente al ser el último familiar de sangre de Dman que continúa vivo?

D.H. No soy el último familiar de sangre vivo.

B.W. Pero usted es su única familia. Sus padres murieron y la señora Tereshkova no es un familiar de sangre. Nunca tuvo hijos y no tienen tíos.

D.H. Todo es cierto, salvo un detalle.

B.W. ¿Tenían un hermano secreto o algún familiar muy lejano que permaneció anónimo?

D.H. No, nada tan rocambolesco. ¿Por qué no hace la pregunta adecuada? Seguro que la traía preparada, pasemos directamente a ella.

B.W. ¿Tuvo Dman algún hijo ilegítimo?

D.H. Qué buena pregunta. Quizás se la conteste luego. Pasemos a otro

asunto.

B.W. Durante los meses previos a su muerte, Dman fue muy criticado y apenas lo vimos en público. ¿Cómo fueron esos días para él?

D.H. Mi hermano pasó toda la vida cuidando de la gente. Con los años se acostumbraron a él y, como sucede siempre, se dividieron entre los que apreciaban lo que hacía y los que no.

Imagine que se le ha impuesto un rol por el mero hecho de ser quién eres. Nadie le preguntó. Simplemente decidieron por usted. Le guste o no, le encasillan y, cuando por fin está cómodo con esa etiqueta, algunos deciden que no debería tenerla.

Mi hermano vivió para ayudar a los demás. Él no quería, nunca lo pidió, pero aun así lo hacía porque pensaba que era su deber. Y en sus últimos meses de vida le trataron como a un apestado. ¿Recuerda el accidente del Honore?

B.W. Yo era pequeño, pero lo conozco. El accidente del petrolero.

D.H. Aquel barco se abrió como una lata de sardinas al hacer una maniobra temeraria entorno a un mercante. El crudo salía al mar a borbotones. Fue la mayor catástrofe ecológica de la década y la gente culpó a mi hermano.

B.W. Según lo que he leído, es cierto que él intervino.

D.H. Claro que intervino. Aquel petrolero se hundía y él era el único que podía impedirlo. A lo que voy es a lo siguiente: mi hermano tomó el petrolero y lo llevó al puerto apto más cercano para que los técnicos contuvieran el crudo y repararan el navío. Ningún miembro de la tripulación resultó herido, pero durante el desplazamiento, el petrolero dejó una estela de crudo en el mar que terminó en las playas, arrastrado por la marea.

B.W. Sin duda fue algo negativo.

D.H. Pero era inevitable. La alternativa era mantenerlo a flote en alta mar, esperar a que acudieran a cerrar la fuga y acordonar la zona entorno al petrolero, pero aun así toneladas de crudo habrían llegado a la costa. El resultado habría sido similar, pero dio igual. Si una catástrofe es inevitable, ¿eres realmente responsable?

B.W. No lo sé.

D.H. Lo peor de todo fue cuando mi hermano, sintiéndose culpable, porque, efectivamente, se sentía culpable de lo que sucedió, por increíble

que parezca, decidió ir con los voluntarios a limpiar el crudo de la playa. ¿Sabe cómo reaccionó la gente cuando le vieron llegar? Quisieron echarlo. No fue allí a hacerse la foto, ni a competir por ver quién era más ecologista, no era un hippie subvencionado por el gobierno; era un hombre que se sentía genuinamente responsable y quería ayudar, pero no le dejaron. La playa se dividió entre defensores y detractores y se desató una batalla campal. Fue absurdo. Uno de ellos incluso le dio un puñetazo a mi hermano… Se rompió tres dedos.

Ríe.

B.W. Debió de ser duro para él.

D.H. La presión mediática puede romper a cualquiera, incluso a mi hermano, que podía detener un tren con una mano. Ya sabe lo que le pasó a Inés, su primera mujer.

B.W. ¿De ahí procedía su deseo de morir? ¿Por qué nunca lo llevó a cabo?

D.H. Porque no podía. Mi hermano se sentía muy desgraciado. Lo intentó de muchas maneras, pero siempre fracasaba. Una vez saltó desde un edificio, caída libre de trece pisos y se levantó sin un rasguño. La intoxicación por monóxido de carbono sólo le emborrachó un poco. También probó las pastillas, como Inés, pero no le afectaron. Intentó volarse la cabeza con una escopeta y terminó atragantado con los perdigones. Lo último que hizo, que yo sepa, fue intentar la sobredosis de alcohol, él no lo toleraba nada bien, pero en vez de morir se despertó con resaca. ¿Imaginas lo frustrante que es tener tan poco control de tu vida que ni siquiera puedas decidir cuándo morir?

B.W. ¿Tan grave era?

D.H. No era dueño de su propia vida. Qué tontería, pensará, pero era verdad. Debía estar siempre pendiente para salir corriendo cuando había una emergencia. Estuviera donde estuviera, hiciera lo que hiciera, siempre tenía la cabeza secuestrada en otro lugar. Trabajaba veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Sin descanso. Siempre que se le necesitaba, acudía. Lo dio todo por los demás y ellos lo trataron a patadas. Le arrebataron más de lo que nadie se imagina. No tenía identidad, no tenía vida más allá de la capa. Incluso su vida privada se convirtió en una parcela pública. Nadie concebía que quisiera tiempo para él, que fuera alguien más allá de su súper poder, que no tenía por qué servirles siempre que lo necesitaran. Nadie se imaginó que fuera un ser humano.

B.W. ¿Fue eso lo que sucedió en el incendio de Babia? ¿Dman necesitaba

un fin de semana libre?

D.H. Si fuera así, ¿qué importaría?

B.W. Murió gente.

D.H. Él también podría haber muerto. No olvide que fue un incendio lo que acabó con su vida. Si mi hermano era un servidor público, como un policía, un bombero o un profesor, ¿por qué él no podía tener días libres? ¿Por qué se le culpa a él de que sucedieran desgracias? Él no era el responsable, tan sólo era un hombre que intentaba ayudar.

B.W. Ayudó mucho, eso nadie puede ponerlo en duda, y si siguiera con vida seguro que aún nos ayudaría.

D.H. Ni siquiera mi hermano puede hacer nada después de muerto.

B.W. Hay gente que no está de acuerdo. Verá, durante los quince años tras la muerte de Dman, se han producido sucesos extraños, milagros, si lo prefiere.

D.H. No, no lo prefiero.

B.W. En el cincuenta y cuatro, un avión regular con destino a París sufrió una avería del motor. El aparato iba a estrellarse sin remedio, así que el piloto lo desvió para caer en un área despoblada. No obstante, el avión planeó y aterrizó sin más problemas en un trigal. ¿Cómo llamaría a eso?

D.H. Pericia del piloto.

B.W. El piloto dijo que sintió cómo una fuerza sujetaba el aparato y algunos pasajeros afirmaron ver una figura perderse en el cielo.

D.H. Seguro que eran franceses, ya sabes cómo les gusta el vino. No hay que hacerles mucho caso.

B.W. Hay más. En el cincuenta y siete, el Vesubio entró en erupción de forma súbita. La explosión lanzó enormes rocas contra la ciudad. Sin embargo, ninguna llegó a impactar en el núcleo urbano. Los testigos afirman que las rocas se desviaban en el aire como si algo, entre el humo y las cenizas, las golpeara. ¿Los italianos también son unos borrachos?

D.H. Conozco todas esas teorías disparatadas de que mi hermano sigue vivo y nos ayuda en secreto. Que viva en un lugar tranquilo donde nadie me molesta no significa que no tenga noticias del mundo. Pero todas esas habladurías me parecen una soberana memez.

B.W. ¿Cómo se explica entonces?

D.H. ¿Quieres conocer mi teoría? Hay otra persona con súper poderes por ahí, pero es lo bastante inteligente como para esconderse, proteger su identidad e impedir que destruyan su vida, como hicieron con la de mi hermano. La sociedad es un animal insaciable que siempre te pedirá más de lo que le das, es mejor darle lo menos posible. ¿Nunca se ha preguntado por qué mi hermano no salió de aquel incendio?

B.W. Creo que todos nos lo hemos preguntado alguna vez.

D.H. Yo creo que en el fuego encontró su salida. Se dio cuenta de que el fuego podía matarle y decidió quedarse. Consiguió lo que buscaba, al final.

B.W. Antes ha evitado una pregunta y quiero volver a formularla. ¿Tuvo Dman algún hijo?

D.H. Sí.

Capítulo 6

Sólo un hombre solo
Entrevista con la hija de Dman

La lista de hijos ilegítimos de Dman supera incluso a la de sus supuestas amantes. Entre sus filas hay tanta variedad como falta de coherencia en sus historias. Héctor Rodríguez fue de los primeros en aparecer, llamado así en honor a su supuesto padre, interpuso varias denuncias en los juzgados y recorrió los platós de televisión con una historia que se volvía más increíble cada vez que la contaba. Que su caso se desestimara no le alejó de los focos y, al contrario de lo que dicta la lógica, cuando se hizo pública su partida de nacimiento, en la que figura como Eloy Rodríguez, su notoriedad se acrecentó. Un día, sin previo aviso, desapareció de las parrillas de televisión, como si nunca hubiera existido, quedó relegado a bolos de segunda en fiestas turbias y sólo volvió a los medios cuando murió, tras su tercera desintoxicación.

Éste es, sin duda, el hijo ilegítimo más notable y reconocible para todos nosotros, pero ha habido muchos más. Algunos eran entrañables, como Lucas Ortega, que usó su supuesta ascendencia para dar a conocer el espectáculo circense basado en Dman. Otros fueron trágicos, como Lucía de Castro, que murió al intentar demostrar que también tenía poderes. Y otros fueron terribles, como Clara Zapata, que lideró el movimiento por la detención de Dman y usaba su supuesta consanguinidad como arma arrojadiza.

Todos tuvieron una cierta relevancia y a todos se les llegó a creer, aunque a unos más y a otros menos. Los recuentos más conservadores estiman que existen trescientos noventa y ocho hijos ilegítimos de Dman en el mundo. Es evidente que algunos mienten, pero muchos esperábamos que alguno fuera real. Tal vez por nuestro secreto deseo de alzar la vista y ver que vienen a salvarnos.

Lo que nunca me habría esperado cuando empecé este libro es que tendría la oportunidad de entrevistar a un verdadero hijo de Dman. La auténtica hija de Dman, la que él reconoció como suya en secreto, no figura entre los trescientos noventa y ocho nombres que le reclaman como padre. Todo lo contrario. Nunca pidió el reconocimiento legal de la paternidad y guarda ese lazo familiar con recelo, como un pequeño y privado tesoro que se emponzoñaría de salir a la luz pública.

Por ello, aunque accede a la entrevista para honrar la memoria de su padre, se me exige guardar su identidad y su paradero. Así que me desplazo a un lugar indeterminado para reunirme con una chica como otra cualquiera, una persona tan anónima que podría estar sentada a su lado mientras lee estas líneas, pero que es, en realidad, la hija del único súper

héroe que ha conocido nuestro mundo: E.G.

B.W. Antes de nada, muchas gracias por acceder a hablar conmigo.

E.G. De nada. Llevaba tiempo queriendo contar mi historia, supongo que ha llegado el momento.

B.W. ¿Por qué no te diste a conocer antes?

E.G. Bueno, ahora tampoco me doy a conocer, quiero seguir siendo una persona anónima, pero creo que hay cosas de mi vida que debo contar.

B.W. ¿Cómo te gustaría que la gente recordara a tu padre?

E.G. No creo que la gente pueda recordar a mi padre porque no lo conocieron. Lo conoció su mujer, su hermano, mi madre; los demás no lo hicieron, sólo se imaginaron e inventaron cosas de él y pensaron que le conocían, pero no era así. Nunca se molestaron en saber quién vestía el traje.

B.W. Aun así tu padre es uno de los iconos más influyentes del siglo XXI. No es descabellado suponer que él ha ocupado más espacio en los medios que cualquier otro personaje hasta la fecha.

E.G. Y eso que él apenas salía. Nunca fue a uno de esos debates y apenas concedía entrevistas, se ponía muy nervioso cuando tenía que hablar en público. Los periodistas le acosaban constantemente para conseguir una reacción, creo que los odiaba. Un día estábamos en casa practicando con las acuarelas y teníamos la televisión de fondo cuando apareció Javier Domenech hablando de él. Se cabreó tanto que lanzó el pincel contra la pantalla y me destrozó el televisor.

B.W. ¿De qué hablaba?

E.G. No me acuerdo bien. Creo que de aquel caso del petrolero.

B.W. No sabía que Dman pintaba acuarelas.

E.G. Dman no tenía tiempo ni fuerza para pintar acuarelas, mi padre, Héctor, sí. Yo le enseñé.

B.W. Insistes mucho en diferenciar entre Dman y Héctor, como si fueran dos personas distintas.

E.G. Para mí lo eran. Como tantos otros niños, crecí con Dman en el mundo. Mi generación siempre miraba al cielo con la esperanza de verle pasar. En mi clase todos nos habíamos roto un hueso por saltar desde un tobogán, o más alto, para intentar volar. Teníamos dibujos animados,

cereales, juguetes, sábanas. Yo incluso tenía la cara de Dman en mi almohada.

Cuando crecí me volví estúpida, como todos los adolescentes, y Dman pasó de ser un héroe bondadoso a ser un instrumento de opresión diseñado por el gobierno con el objetivo de hacernos interiorizar el estatus quo y la autocensura. Hoy todavía no entiendo qué significa, pero en aquella época lo repetíamos sin parar. Al cumplir veinticinco años, mi madre me presentó a mi padre y entendí que Dman no existía.

B.W. ¿Cómo le conociste?

E.G. Una noche se acercó volando a mi ventana, me dijo quién era, me cogió en brazos y fuimos juntos a mirar las estrellas a mil metros de altitud.

B.W. ¿De verdad?

E.G. No. Mi madre le invitó a casa, tomamos café, hablamos y nos pusimos al día de muchas cosas. Al día siguiente volvió y me trajo algunos de sus libros favoritos y, poco a poco, empecé a conocer a mi padre. Era una persona tan normal que cuando entró en casa por primera vez temblaba de los nervios y estaba muerto de vergüenza por no haberme conocido antes.

B.W. ¿No estabas enfada con él por perderse tu infancia?

E.G. Con él no, al fin y al cabo, no sabía que yo existía. Tras años de insistir a mi madre con el tema, me explicó quién era mi padre. Pensó que así se me quitaría de la cabeza conocerle, pero sólo consiguió que insistiera más. Así que al final cedió, llamó a Héctor y le explicó que nueve meses después de su romance de varias semanas nací yo.

B.W. ¿Cómo reaccionó él?

E.G. Insistió en conocerme enseguida, así que le invitamos a casa. Cuando me vio me dijo que tenía los mismos ojos que mi abuela, creo que es un cliché o algo que se dice cuando te incomoda el silencio, pero me gustó que lo dijera.

B.W. ¿No te enfadaste con tu madre por manteneros alejados?

E.G. Hay asuntos que no quiero remover. Tuve una infancia feliz y disfruté algunos años con mi padre. Es lo que cuenta. No se puede cambiar el pasado.

B.W. ¿De verdad nunca te llevó volando para ver las estrellas?

E.G. Lo habría hecho si hubiera querido matarme por asfixia y congelación.

Ríe.

B.W. ¿Quién decidió guardar en secreto vuestra relación?

E.G. Fue un poco entre los dos.

B.W. ¿Por qué?

E.G. Yo no tenía, ni tengo, ningún interés en la fama o la influencia, quería un padre, aunque sólo fuera de puertas para adentro, y él estaba muy expuesto y quería protegerme. Nos pusimos de acuerdo rápido.

B.W. Cómo hija suya, ¿compartes alguno de sus dones?

E.G. Soy mejor que él en muchos aspectos.

B.W. ¿Por ejemplo?

E.G. Él pintaba de pena, no dominaba la perspectiva. Pero si lo que quieres decir es si tengo poderes, la respuesta es no, puedo mover las orejas, pero apenas puede considerarse una habilidad. Era uno de sus miedos, traer a otro súper héroe al mundo para que tuviera que pasar lo mismo que él, pero no creo que la genética influya, a fin de cuentas, su hermano gemelo nació con una salud delicada.

B.W. ¿Cómo es tu relación con él?

E.G. Muy buena. Quiero mucho a mi tío, viene a visitarme a menudo.

B.W. En las noticias sale de vez en cuando algún suceso milagroso que sólo se puede explicar mediante la intervención de un súper héroe. Supongo que estás al corriente.

E.G. Algo he oído, pero no me creeré nada hasta que lo vea en una taza.

B.W. Tu tío cree que puede ser obra de otro héroe. Otra persona con poderes que nos ayuda, pero que prefiere estar en el anonimato.

E.G. Tiene sentido.

B.W. Yo no lo creo.

E.G. ¿Qué crees?

B.W. Me gustaría creer que Dman está “retirado”, pero vuelve para ayudarnos en los momentos difíciles.

E.G. Soy su hija, lo sé mejor que nadie, Dman está muerto y no volverá.

Capítulo 7

El día que nadie vino

Un relato narrado por E.G. y editado por B.W.

Nota del autor: He modificado la entrevista a E.G. para omitir tanto la información que podría poner en riesgo su anonimato como la que me ha pedido expresamente que borre. No puedo incluir, por tanto, la última vez que vio a su padre, no puedo ahondar en la relación con su madre ni en cómo fueron los días siguientes a la muerte de Dman. Sin embargo, he de agradecer a E.G. que cediera y me dejara explicar su versión del incendio de Babia. A decir verdad, hablamos de ello durante casi cuarenta minutos, en un tira y afloja en el que yo no me di por vencido hasta conocer la verdad. No obstante, he editado esa conversación, con el rigor que se le exige a todo buen periodista, para excluir mis preguntas del relato y mantener sólo su voz.

E.G. Cuando sucedieron los incendios de Babia, mi padre y yo nos conocíamos desde hace años y disfrutábamos de una sana relación. Claro que no era una relación al uso. No podíamos dejarnos ver en público y siempre venía a verme a escondidas, tanto por la prensa, como por su mujer, a la que nunca le dijo que yo existía. Por si fuera poco, cuando estábamos juntos, tenía que aguantar que se fuera volando en cualquier momento. No importaba lo que estuviéramos haciendo, ni que fuera yo la que tuviera un problema y necesitara a mi padre. Él siempre iba cuando los demás le necesitaban y siempre acudía a mí cuando el necesitado era él.

Antes he dicho que disfrutábamos de una sana relación, pero no estoy segura de que sea verdad. Sí, confiábamos el uno en el otro. Sí, nos apoyábamos mutuamente. Sí, existía un lazo de intimidad entre ambos. Pero no sé si se le puede llamar relación sana a lo que teníamos. En cierto modo, al estar obligados a permanecer escondidos de todo y de todos, creamos un espacio en el que sólo cabíamos él y yo. Ninguno de los dos existía en la vida del otro más allá de ese espacio. Por un lado, eso nos daba la seguridad de que todo lo que sucediera quedaría entre nosotros, pero también convirtió nuestra relación en el agujero en el que lanzas tu mierda cuando no puedes cargar con ella.

Si yo hubiera tenido más amigos, tal vez las cosas habrían sucedido de otro modo y esa gente no estaría muerta. No suelo pensar mucho en eso porque no sirve de nada. Mi padre me enseñó que, por mucho que lo deseemos, no podemos cambiar el pasado, pero podemos aprender a vivir con las consecuencias de nuestros actos.

Como ya he dicho, mi padre y yo teníamos una buena relación, pero a veces discutíamos. Nada que no pase en todas las familias. Normalmente las discusiones acababan cuando mi padre se marchaba un tiempo y luego volvía como si no hubiera pasado nada. Un día yo le eché en cara que nunca estuviera conmigo, siempre había algo más importante que hacer, otros asuntos que atender. Le culpé y le dije que yo nunca había sido su prioridad. Aquello podría haber desatado una terrible discusión como no la habíamos tenido antes, pero sucedió algo increíble: me dio la razón. No contento con eso, me prometió un fin de semana entero para mí, en un lugar donde nada pudiera distraerle.

El fin de semana en cuestión llegó y para irnos de la ciudad alquiló un coche, pese a que odiaba conducir. Decía que los coches eran máquinas incómodas y lentas. Recorrimos quinientos quilómetros con las ventanillas bajadas para que no le diera un ataque de claustrofobia y, cuando llegamos a nuestro destino, juró no volver a conducir.

Así comenzaron nuestras cuarenta y ocho horas de desconexión. Creo que fueron sus primeras vacaciones desde que se mostró al mundo. Durante aquel fin de semana no hicimos otra cosa que ser padre e hija. Cocinamos, vimos esas viejas series de dibujos animados, pintamos, hablamos hasta que tuvimos la sensación de que nunca habíamos estado el uno sin el otro y hasta tuvimos tiempo de ignorarnos. No había nadie más, por primera vez estuve con mi padre sin que Dman interviniera.

Ese fue el gran crimen de vuestro héroe. Durante aquel fin de semana se desató el incendio de Babia. Todos conocemos la historia. Decenas de muertos, montañas calcinadas y todo el mundo mirando al cielo negro de humo con la esperanza de encontrarle. Pero mi padre no fue a ayudarles porque estaba conmigo, porque me lo prometió. Estar con su familia fue su gran pecado y si aquellos a quienes salvaba constantemente hubieran podido le habrían crucificado por ello.

Capítulo 8

El autor

Marc Barrio tiene una amplia carrera en el sector audiovisual como productor de cine y publicidad. Faceta que combina con la escritura de ficción.

Su último libro, «Lúxefer: magia, pistolas y navajas», es una novela de fantasía steampunk; es aclamada por la crítica. Su anterior éxito, «La gran mentira», es una tragicomedia satírica que transcurre en un pueblo valenciano. Esta sorprendente novela sigue cosechando excelentes críticas de lectores y expertos.

Si has disfrutado de esta historia no olvides apoyar al autor con un comentario y adentrarte en sus otras historias.

Web: www.mbarriov.es